

# VARIEDADES

---

## LAS CASITÉRIDES Y EL COMERCIO DEL ESTAÑO EN LA ANTIGÜEDAD

(Continuación.)

### Capítulo II.

Vencidos los griegos en Alalia (año 536), emprendieron los cartagineses la exploración de todo el Mediterráneo occidental y de las costas Atlánticas de Europa y África (Libia).

Indudablemente tenían algunas noticias de los países que doscientos años antes habían descubierto los griegos y que los fenicios habían visitado desde el año 600 al 585, y considerando la empresa como obra nacional organizaron dos expediciones mandadas por insignes caudillos entre los años 536 y 509, puesto que fué después de la batalla naval varias veces citada y antes del tratado que Cartago celebró con Roma en el año 243 de la fundación de esta ciudad, según el cual ni los romanos ni sus aliados podían pasar más allá del Promontorio Charidemos, de Mastia y de Tarteso, siendo esta cláusula prueba evidente de que Tarteso estaba en su poder ó, por lo menos, de que querían la explotación exclusiva de este territorio (1).

Los relatos de ambas expediciones fueron considerados de tan gran importancia, que hubieron de colocarse en los templos de Cartago, mostrándonos esto que los cartagineses no ocultaron por entonces sus empresas y descubrimientos (2).

---

(1) Polibio, libro III, cap. VI.

(2) Éforo dice que el relato de Hanno fué traducido y divulgado en lengua griega. Aristóteles tomó de él algunos datos; pero este mismo escritor, en el capítulo LXXXIV *De mirab*, explica la prohibición de los cartagineses respecto á las navegaciones á las costas del SO. de España.

El de Himilco, completo y detallado, aunque conocido indudablemente por los griegos, sólo tuvo transcripción detallada en tiempo de Avieno, geógrafo del siglo iv de nuestra Era, y no poeta, como sin fundamento alguno quieren considerarle sólo porque redactó en verso su descripción del mundo. Léase su prólogo ó introducción, y se verá que en ella se dice que se dedicó con afán al estudio de lo que hoy denominamos Geografía histórica, y si dió aquella forma á su relato fué por rendir culto á la costumbre de hacer más agradable la lectura de estos libros (1).

Difiere el relato considerablemente de los documentos griegos anteriores, por ser éste un trabajo de conjunto en el cual se destaca desde luego el carácter de reconocimiento marítimo que tuvo indudablemente el relato primitivo, y en vez de estar presentado como el de Hanno en forma de Diario de ruta, aparece como una Memoria ordenada y presentada después del viaje, predominando el carácter descriptivo; y tanto es así, que comienza por el promontorio Oestrymnicó, es decir, por el final del viaje, en vez de hacerlo por las Columnas de Hércules, y cuenta siempre las distancias desde los puntos más lejanos á los más próximos. Aparte de esto, traza un cuadro ó descripción general de la costa recorrida en los primeros versos, que deben corresponder á los primeros párrafos de su Memoria, y divide la descripción en atención á los elementos geográficos naturales en tal forma que, aun estando en verso, podría fácilmente establecerse separación de capítulos y dar á cada uno de ellos un título adecuado sin dificultad alguna. Sin embargo de esto, la obra de Avieno, que en lo relativo á las costas del Océano es la obra de Himilco, como se hace constar expresando que todo lo que Avieno escribe está tomado de los anales púnicos (2) (cartagineses), ha sido objeto de acerbas censuras de muchos que ni le han estudiado como documento geográfico ni tenían datos suficientes para poder comprobar la exactitud de su relato (3).

---

(1) También escribieron en verso Scymno y Dionisio.

(2) Avieno, versos 415 y 416.

(3) No citamos nombres porque nuestro trabajo no va contra las personas, sino contra los errores.

Como hemos indicado, hace la descripción general de la costa visitada, efectuándolo en estos términos:

«En el lugar en que el salado Océano se introduce para formar nuestro mar (el Mediterráneo), se encuentra el Golfo Atlántico. Aquí está la ciudad de Cádiz, llamada antes Tarteso; aquí las Columnas del obstinado Hércules, Abyla y Calpe; aquí surge también un elevado promontorio que en los antiguos tiempos llamaron Oestrymnicó, y su alta y peñascosa cumbre se inclina hacia el suave noto» (viento del Sur) (1).

Como puede observarse, no habla del *Mar Atlántico*, sino del *Golfo Atlántico*, lo cual es muy diferente no sólo porque el que hoy llamamos mar Atlántico era desconocido en aquel tiempo, á partir del Cabo de San Vicente hacia el Norte y desde el extremo más meridional de Marruecos hacia el Sur, puesto que de allí no habían pasado las navegaciones, sino porque allí sólo existe un golfo que es el que forman las costas de la Península Ibérica y las de Marruecos, golfo que es perfectamente visible en los mapas y que recibió entonces el nombre de Golfo Atlántico porque los más famosos montes de la inmediata Libia, Atlantes se llamaban. Su extensión se encuentra perfectamente determinada en Avieno y coincide por completo con lo que en la realidad existe, pues en el fondo estaban las Columnas de Hércules, hoy Estrecho de Gibraltar; en el extremo europeo el promontorio Oestrymnicó, hoy Cabo de San Vicente, en Portugal, y en el intermedio Gades, que es en la actualidad Cádiz. Si alguien en el momento presente intentara describirle en lo que á su costa septentrional se refiere, no podría hacerlo de otro modo.

Por consiguiente, querer situar el promontorio Oestrymnicó en las costas de Bretaña francesa, dicho sea con todo respeto personal, es impropio de quien tenga noción de lo que es un golfo; pues por mucho que se pretenda forzar los conceptos, la Bretaña francesa no está en el mismo golfo que Cádiz y el Estrecho de Gibraltar.

Trazando el cuadro general distribuye en varias partes la des-

---

(1) Avieno, versos 80 á 90.

cripción de las costas de este golfo, y claro es que tratándose de la descripción de un litoral la división se establece teniendo en cuenta las diversas inflexiones del mismo; por tanto, serán los cabos ó salientes de la costa los que determinen esta división, y cada parte corresponderá á un golfo más pequeño ó á una parte conexas, si las hay.

Según él, son tres estas partes. La primera es otro golfo evidentemente más pequeño que la totalidad del Golfo Atlántico; este es el *Golfo* que llama *Oestrymnico*, y se abre al pie de la punta que el promontorio de dicho nombre introduce en el mar (1). Su longitud la estima en dos días de navegación (2), mientras que la del Golfo Atlántico la ha calculado como equivalente á siete días desde el promontorio citado hasta el Estrecho de Hércules (3). Este golfo termina en el monte Arvio ó Ario y en él empieza la segunda parte (4): allí están las islas Oestrymnicas, que empezando en la parte más oriental del Golfo Oestrymnico continúan aún en el comienzo del segundo golfo, cuyas aguas llegan á la isla de Gerión ó de Chipiona (5). En cuanto á la tercera, no está constituida por un entrante, sino por una curvatura convexa hacia el mar, y en ella distingue perfectamente las bahías, cabos é islas que la formaban (6).

En general, la localización de la descripción de Avieno no ha ofrecido duda á partir del río Guadiana en dirección á Oriente (7), y es sólo más allá del mencionado río donde han surgido las más extrañas interpretaciones.

Las islas Oestrymnicas distaban dos días de navegación del cabo del mismo nombre, y esto impide localizarlas á más de 170 kilómetros de distancia, según hemos de ver, y como á esta dis-

(1) Avieno, versos 90 á 98.

(2) Idem íd. 108 y 109.

(3) Idem íd. 145 á 151.

(4) Idem íd. 160 á 175, señala cinco días de navegación hasta las Columnas de Hércules, que con los dos días que corresponden al golfo Oestrymnico (v. 108 y 109) hacen los siete de los versos 145 á 151.

(5) Avieno, versos 258 á 265.

(6) Idem, íd. 266 á 375.

(7) Idem, íd. 205 al 415.

tancia no hay otras que las del cabo de Santa María en el Algarbe, y precisamente en la extremidad oriental del Golfo Oestrymnico, no cabe duda que á ellas se refirió Avieno. Además, una se denominaba Achale ó Akale, y hoy se denomina Caes (1), después de haber experimentado una transformación muy frecuente en portugués, donde se omite la *l*, como, por ejemplo, en *Lupercales*, que se escribe *Lupercaes*.

Emplea siempre un lenguaje tan preciso en la descripción geográfica, que siempre caracteriza las islas: así, por ejemplo, de una de las de la costa dice que estaba en las aguas del río Ana (2), y efectivamente, en la desembocadura de este río está la isla Cristina; cuenta de otras que estaban tendidas á lo largo de la costa y como saliéndose del Golfo Oestrymnico; y en efecto, las del cabo de Santa María están colocadas de tal modo, que, hallándose separadas del Continente por un solo estrechísimo canal, las primeras se encuentran dentro de dicho golfo, pero las siguientes se hallan ya fuera de sus aguas y en las del segundo golfo ó Golfo de Huelva (3).

Nos dice también que los Hibernios habitaban una de ellas y otra los Albiones, y añade en versos inmediatos que también cerca de sus costas se hallaban los Hiberos (4).

La localización de estas islas puede hacerse de un modo aún más definitivo y completo con la confrontación de los textos de Éforo y de otros escritores.

En efecto, Éforo compara el promontorio de los Cuneos y las inmediatas islas con la proa de un navío, siendo análoga la disposición de «una de las islas á la del espolón, y la de otras dos á la de las orejeras de una nave» (5), aludiendo claramente á la misma disposición que en forma distinta ó con expresión diferente figura en Avieno, puesto que, para la representación de lo que dijo Éforo, era preciso que estuviesen tendidas á lo largo de la

(1) Avieno, verso 184.

(2) Idem, versos 208 á 214.

(3) Idem, íd. 95 á 98, en general, y 164 á 200, con detalle.

(4) Idem, íd. 110 á 112.

(5) Éforo, fragmento 41.

costa y que mientras una se apoyaba en las orillas del golfo Oestrymnico, otra lo verificara en las del golfo á que no dió nombre, pero que corresponde al actual de Huelva. Scymno coloca los celtas, como Heródoto, cerca de los Tartesios, esto es, en las márgenes del Guadiana (1), y ambos hablan del estaño de la Céltica, que se reunía en Tarteso (2), sin duda para la exportación á Oriente, tanto en tiempo de los griegos, como después en el de los fenicios y focenses, y los celtas estaban cerca de las Oestrymnicas, según el relato de Himilco, que copió y puso en verso Avieno. La circunstancia de hallarse próximos los Hiberos (3) ya la hizo constar Heródoto, lo mismo que Hecateo y Herodoro, al señalar á los Hiberos el Este de los Kinctes y de los Celtas, aportando Avieno el dato de que los Tartesios y los cartagineses que visitaban los pueblos vecinos ó próximos al Estrecho, acostumbraban á comerciar con los Oestrymnicos (4), dato de gran valor, pues nos muestra que antes del viaje de Himilco, y aun en algún tiempo después, los cartagineses no llegaban hasta ellas sino con el carácter de comerciantes y quizá no pasaban del Estrecho; deduciéndose que eran los Oestrymnicos los que, caminando cerca de la costa, llevaban sus productos primero á los griegos y después á los cartagineses; y esto explica aquel pasaje de Herodoto en que decía «que no podía afirmar de un modo terminante cómo era el Occidente de Europa, porque por mucha diligencia que había puesto en averiguarlo, no había podido dar con testigo de vista».

Como hemos indicado, durante el período de dominación cartaginesa las noticias que los griegos adquieren son escasas, y por esto no hay elementos de comparación y de confirmación de la descripción de Himilco, y cuando los romanos se enseñorean del territorio, era tan vasto su dominio, que importaban muy poco estos territorios en la descripción general del mundo; aparte esto, de que ya estaban agotados sus yacimientos de estaño, ó

---

(1) Scymno, versos 163 y 164.

(2) Idem, verso 164, y Avieno, versos 95 á 99.

(3) Éforo, fragmento 41.

(4) Avieno, versos 113 á 116.

poco menos, y de que el comercio de este metal se efectuaba por Cádiz, que merced á sus mejores condiciones para la navegación se había convertido en uno de los puertos de mayor interés y tráfico del Universo, debiendo buscarse las noticias relativas á las islas á que nos referimos en los escritores de Geografía histórica, esto es, á los que describían la tierra en tiempos anteriores á aquellos en que vivían. Pues bien; estos escritores nos muestran que las Oestrymnicas de Avieno son las islas del cabo de Santa María de nuestro tiempo; y del Promontorio Sagrado en los más remotos á que Avieno se refiere, pues al hacer la descripción de las costas de Europa situadas al Oeste del Estrecho de Hércules, emplea las mismas palabras, variando sólo algunos nombres propios de lugares, por ejemplo, sustituyendo el nombre de Oestrymnico por el de Sagrado, el de islas Oestrymnicas por el de Casiterides ó Hespérides, y el de Hibernios, sobre el cual tanto se ha fantaseado, por el de Iberos (ó Hiberos).

En efecto, Dionisio, en su descripción del mundo, dice:

«At sub promontorium Sacrum quod Europæ esse caput perhibent insulas occidentales ubi stanno origo opulenta gens nobilium habitant Iberum.»

A su vez, Prisciano, en los versos 574 y siguientes, dejó consignado: «Sed summam contra Sacram cognomine dicunt quam caput Europæ sunt stanni pondere plenæ Hesperides; populus tenuit quas fortis Iberi.»

Recuérdese ahora que Avieno dijo: «Sub hujus autem prominentis vertice (el del promontorio Oestrymnico) sinus dehiscit incolis Oestrymnicus in quo insulas sesse exerunt Oestrymnides laxe jacentes et metallo divites stanni atque plumbi... eamque late gens Hibernorum (ó Hiernorum) collit», y se comprobará nuestra afirmación.

La nueva, al parecer, denominación de Hespérides dada á estas islas, nos obliga á hacer algunas consideraciones; no se trata, en efecto, de una genialidad de Prisciano, puesto que Hesíodo, en la *Teogonia*, dada á luz en el siglo vi, menciona unas islas de este nombre situadas en el Occidente, enfrente del Atlas y en los últimos lugares de la tierra, añadiendo que una se denomina

Aeglae y otra Eritea. También colocaba en estas regiones, puesto que la hace hija del Océano, á Électra, nombre del ámbar, y todos estos datos coinciden con la situación de las Oestrymnicas de Avieno y con las Casiterides de Dionisio, así como con las de Herodoto.

Pero aún existe otra prueba de lo poco acertado que han estado los escritores modernos que han tratado de este asunto, y la prueba nos la va á dar el cálculo de las navegaciones. Para ello, lo primero que vamos á hacer es consignar que *la navegación de Himilco era muy lenta* (1), y no me refiero á la que efectuó, sino á la que estimaba que con las naves de su tiempo era factible realizar entonces en aquellos mares, puesto que él no hizo jornadas, sino reconocimientos, en los cuales tenía á veces que detenerse varios días visitando los esteros y rías y examinando los lugares, y las razones de esta opinión suya respecto de la lentitud de la navegación eran que los vientos no son constantes y se mudan con frecuencia, lo cual es cierto de toda certeza (2), y se puede comprobar su aserto leyendo las Instrucciones náuticas y los derroteros de navegación de los marinos modernos, igualmente que se encontrará la confirmación de los restantes asertos. También señala la existencia de mucho cieno y de bancos en las costas (3); y testigos son los bancos y fondos sucios de la provincia de Huelva y del litoral portugués del Algarbe. Las algas y ramajes eran tan abundantes, que estorbaban la marcha de los barcos (4). Las brumas eran pertinaces (5).

Los últimos escritores que han tratado de estas navegaciones han estimado, tomando por base un dato de Plinio (año 79 de nuestra Era), que la navegación diaria alcanzaba una longitud de 1.100 á 1.200 estadios (6). Desde luego se observa que no es, ni

---

(1) Avieno, versos 120 y siguientes.

(2) Idem, íd. íd.

(3) Idem, íd. íd.

(4) Idem, íd. íd.

(5) Idem, íd. 383 y siguientes.

(6) Tampoco citaremos nombres, á menos de que se quiera discutir el asunto.

mucho menos, razonable aplicar á las navegaciones de tiempo de Himilco las velocidades que se consiguieron seiscientos años más adelante, pues esto equivaldría, en otro orden de hechos, á calcular la travesía de las islas Filipinas en la época de su descubrimiento por lo que hoy tardan los más rápidos barcos modernos. Además no han distinguido entre *la navegación continuada de día y noche*, denominada entre los griegos *nyctemaro*, y *la navegación ordinaria* ó jornada de sol, que era la más frecuente y la única posible en mares poco conocidos ó peligrosos (1), circunstancias ambas que reunían las que visitó Himilco.

Aún podemos señalar otro error, entre los muchos en que han incurrido, haciendo notar que Plinio tampoco dijo que la navegación ordinaria fuese de 1.100 estadios, sino que en un párrafo de su *Historia Natural* señaló el hecho de que se conocía ya la periodicidad de los vientos en algunos mares, como el Mediterráneo; y para hacer patente la gran utilidad que el conocimiento de la marcha de los vientos puede prestar, decía que una nave que en determinada estación saliera de Ostia (puerto de Roma), podía llegar en ocho días, si se dejaba llevar continuamente por el viento que en esa época sopla en esta parte del mar, hasta el Estrecho de Hércules (2), y para que se vea adonde puede llegar el error que se comete tomando datos inadecuados, diremos que en esa misma travesía Posidonio tardó tres meses en llegar á Roma desde el mismo Estrecho (3); de donde se deduce en buena lógica que ni uno ni otro son aplicables al cálculo de la navegación, porque se refieren á casos y circunstancias particulares.

Existiendo la lógica que para resolver un problema en el cual influya el tiempo, se utilicen los datos de su misma época, y cuando no los de los tiempos más inmediatos, para solucionar el problema que respecto de las localizaciones presenta el periplo

---

(1) Scylax Periplo, cita la navegación de día y noche: estima la navegación diaria en 500 estadios, y en su tiempo se tardaban ciento cincuenta y tres días en recorrer la costa septentrional del mediterráneo.

(2) Plinio, *Historia Natural*.

(3) Estrabón, libro III.

de Himilco, por señalar las distancias en días de navegación (1), habremos de acudir á Scylax con preferencia á Plinio; pues bien, Scylax dice terminantemente que *la navegación de 500 estadios al día es buena navegación* (2). Conforme con Avieno, dice que entre el Pirineo y el Estrecho hay siete días de navegación rápida (3), no porque se efectuaran en siete soles, sino al contrario, en siete días y siete noches, como determina Scylax (4), resultando un promedio de 900 estadios para el nyctemero en este trayecto en que las naves marchan aceleradamente. Es, pues, de todo punto inaceptable la longitud de 1.100 á 1.200 estadios, ni como medida de un nyctemero ordinario en tiempo de Himilco, ni menos de una jornada ordinaria, esto es, de sol á sol.

Piteas, según el testimonio de Estrabón, tardó en su viaje cinco días en recorrer la distancia que media desde Cádiz al Promontorio Sagrado (5), que, según acabamos de demostrar, es el mismo promontorio ó Oestrymnico, lo cual da una jornada media de 368 estadios por día de sol, ya que, según Estrabón, entre ambos puntos la distancia era de 1.840 estadios (6) de los de 600 al grado, debiendo tenerse en cuenta esta circunstancia relativa á los estadios, pues antes, en tiempo de Herodoto, también se empleó un estadio de 1.111 al grado (7).

Como no es lógico pensar que Piteas calculara la jornada de menor longitud que Himilco, puesto que es bastante posterior, y en este tiempo transcurrido algo habría adelantado el arte de navegar, la jornada de 368 estadios sólo puede aceptarse para estos mares, en los cuales señaló bien Piteas la dificultad de la marcha,

(1) Avieno, en los versos 109, 182 y 222, habla de jornadas de *sol*; de luz ó día cuarto en el 180, y de días en los 150, 165 y 265.

(2) Periplo de Scylax.

(3) Avieno, verso 564.

(4) Periplo de Scylax.

(5) Piteas, en Estrabón, libro III, cap. II.

(6) Estrabón calcula la distancia del Promontorio Sagrado á Cádiz en 230 millas ó 1.840 estadios; libro III, cap. II.

(7) Heródoto dice que las costas de Egipto medían 3.600 estadios, y como la longitud de aquellas costas era de 356 kilómetros, resultan los estadios de 100 metros, y por tanto de 1.111 al grado.

como igual ó quizá mayor que la estimada por el almirante cartaginés (1).

De Cádiz al Estrecho había solo: según unos, 750 estadios, y según otros, 800 (2), y, por consiguiente, navegando en dicho trayecto en análogas condiciones debió emplear Himilco dos días, que con los cinco del otro trayecto suman los siete que dice distaba el promontorio Oestrymnic del Estrecho de Hércules, el poema de Avieno; resultando comprobado por el cálculo de las distancias y jornadas lo que Himilco afirmó.

Vamos todavía á efectuar otros cálculos, para demostrar la imposibilidad de que Himilco llegara á Inglaterra, como algunos pretenden, y de que el promontorio Oestrymnic estuviera en Bretaña.

Según Plinio, la costa total de la península medía 2.924 millas, que á ocho estadios por milla dan 23.392 estadios, y deduciendo de este número las 788 millas ó 6.256 estadios que, según el mismo escritor, correspondían á las costas del mar Mediterráneo, quedarán sólo 17.136. Ahora bien, aun aplicando la jornada de navegación de Scylax de 500 estadios, para recorrer la costa española desde el Estrecho hasta el Bidasoa, hubieran necesitado calcular treinta y cuatro días de marcha, y si en vez del dato de Scylax, referido á una navegación que no presentaba dificultades, utilizamos el dato que nos suministra Piteas, Himilco habría calculado esta navegación en cuarenta y ocho días; mas como de las costas del Bidasoa á la parte más occidental de la Bretaña francesa había otros muchos millares de estadios, el promontorio Oestrymnic, que allí quieren colocar valiéndose del relato de Himilco, tendrían que reconocer que Himilco incurrió en la enorme equivocación de calcular en siete días de jornada lo que exigía más de sesenta (3).

También hemos de rechazar la localización pretendida por algunos otros escritores que sitúan el mencionado promontorio

---

(1) Véase la descripción de Iberia de Estrabón.

(2) Estrabón hace las dos citas de 750 y de 800 estadios de Cádiz al Estrecho.

(3) Plinio, libro I, cap. IV, párr. 21.

en las costas de Galicia, pues haciendo el cálculo correspondiente con los datos de millas y estadios que medía el litoral hasta el cabo de Finisterre, resulta igualmente absurda dicha localización, y aun en el caso, que como hemos visto no puede aceptarse, de los 500 estadios por día que consigna Scymno, no habría pasado de Setubal ni llegado á este punto de la costa portuguesa.

De todo esto resulta la completa y absoluta identificación de las islas Oestrymnicas de Avieno y de las Casitérides en el período griego, y en el cartaginés hasta el siglo IV en las islas del cabo de Santa María.

*(Concluirá.)*

ANTONIO BLÁZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA.

---